

SIMBOLO DE UNAS PASIONES

★ DJUNA BARNES: EL BOSQUE
DE LA NOCHE. Caracas, Monte
Ávila, 1969, 174 pp. Trca.: Enrique
Pezoni

Un libro admirable. Desconcertante, incluso tal vez aburrido para quien crea saber lo que le espera y no sea así capaz de asumirlo como lo que es. Alguien lo ocom no oveys-por... nero híbrido si los hay, pero que en este caso no es mezcla de los dos, sino creación ~~pura~~ y en.ci. que resulta por lo tanto imprecendente aplicarle criterios previos. Como decía hace más de treinta años T. S. Eliot en un prólogo francamente admirativo, bien puede considerarse novela en el sentido clásico, desde que incluye personajes vivientes que establecen relaciones significativas, pero requiere eso sí en quien lo lee una sensibilidad afinada por la poesía. Hoy esas prevenciones o justificaciones son básicamente inoperantes basta con seguir sintiendo como hace treinta años una impresión intensa tanto en el sentido humano como en lo estético de "a pal" autor diluye para ello toda superficialidad y logra así sacar a luz la extraña vida de personajes que viven en el extremo de "a q" son en arrebatos por momentos desesperante, en el que se integran ansia vital, amor frustrado desesperación devoradora avidez hasta hacerlos asomar a ese fondo nocturno aludido por el autor como la turbadora permanencia que subyace a nuestras personas contingentes.

Para acceder a esa exacerbada sinceridad, el autor recurre a un lenguaje de constante soltura y agudo ingenio, pródigo en hallazgos de punzante sugestión, llegando a incidir de ese modo en las raíces mismas de cada situación existencial. El lenguaje figurado creciendo a veces hasta la parábola le permite hacernos sentir lo que singulariza más íntimamente cada vida. Uno de los personajes un presunto "doctor" asume una dimensión englobante; a él acuden todos y él se vuelca por su parte en los demás con amarga sólida generosidad.

Al ocurrir entonces los inevitables desencuentros en condiciones cuya universalidad nos sobrecoge, nos sentimos involucrados más como participantes que como lectores, como si se estuviera hablando de nosotros y para nosotros. Nos sentimos incluidos irremediablemente en una terrible pero ineludible metademostración del sufrimiento. La vida —reconocemos shakespearriamente— es esencialmente trágica.

Es éste un libro —ya leer "otra vez" en el que se conjuga la razón y la sinrazón de toda vida a través de un lenguaje que nos llega con toda la imprecisión deseable, como para que ninguna falsa certeza nos distraiga de la conmoción que se nos quiere infundir. Se trata así de una novela que puede seguir acompañándonos durante mucho tiempo al menos el que nos queda, no por cierto como un amigo amable sino como un guía inquietante. Una novela, además, en donde el autor no se esconde bajo ningún recurso, sino que es sus recursos, si se les puede seguir llamando así. Rezuma una experiencia de una autenticidad y radicalidad indudables.

Una exhumación que debemos pues agradecer, al escribir entre tantas novedades que suelen intentar en vano lo que aquí se nos impone hasta el desahucamiento.

WASHINGTON LOCKHART

Viernes 23 de enero de 1970